

ca exterior del Imperio. M. Drouyn de Lhuys pensaba que la alianza austriaca debía ser para Napoleón III una palanca y un freno. Cuando el ministro, cuyas miras secundaba dicha alianza, abandonó el poder, otras ideas prevalecieron y presentáronse por primera vez las doctrinas que tanto influyeron más tarde en la corte de las Tullerías.

Cuando el conde Walewski tomó posesión de la cartera de Negocios extranjeros, en 8 de mayo de 1855, la consigna fué decir que nada se había cambiado en las grandes líneas de la política imperial; y como el público no estaba muy enterado de la diplomacia, fijó poco su atención en un incidente cuyo alcance no se hallaba en estado de apreciar.

Los parisienses hablan de muchas cosas; pero rara vez de dos á un tiempo. En aquel instante no pensaban más que en la gran solemnidad que iban á presenciar, en la apertura de la Exposición universal. Esta distracción debía hacerles olvidar durante algunos días todas las preocupaciones de la política interior ó exterior.

XXXVII

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

En el momento mismo en que acababan de desvanecerse las últimas esperanzas de paz y en que se preparaban en Crimea nuevas hecatombes, París, por un extraño contraste, asistía á una solemnidad que era como el símbolo y la glorificación de la paz. La apertura de la Exposición universal se efectuaba en los Campos Elíseos, en el palacio de la Industria, el martes 15 de mayo de 1855. La fachada exterior se había adornado de trofeos, escudos con las armas imperiales y banderas de todas las naciones. El emperador y la emperatriz, seguidos de numeroso séquito, en el cual figuraba todo el cuerpo diplomático, hicieron su entrada; mientras que una orquesta de ciento cincuenta músicos ejecutaba la composición de la *Reina Hortensia*. En medio de la nave, frente á la puerta de entrada principal, elevábase un estrado, y sobre éste, bajo un dosel de terciopelo carmesí, sobrepuesto de la corona imperial, veíase un trono en el que Napoleón III tomó asiento, teniendo á su lado á la emperatriz.

El príncipe Napoleón, que había dejado el mando de una división en Crimea para desempeñar las funciones de presidente de la comisión encargada de organizar la Exposición, pronunció un discurso que comenzaba así: «Señor: una Exposición universal, que en todo tiempo hubiera sido un hecho notable, llega á ser casi único en la historia por las circunstancias en medio de las cuales se produce. Francia, empeñada hace un año en una guerra formal, á ochocientas leguas de sus fronteras, lucha con gloria contra sus enemigos. Estaba reservado al reinado de V. M. presentar á Francia digna de sus pasadas épocas en la guerra, y más grande que jamás lo fué en las artes de la paz. El pueblo francés hace ver al mundo que cuando se comprende su genio y se sabe dirigirle bien, siempre será una gran nación.» El príncipe Napoleón anunció que los expositores figuraban en número de veinte mil, de los cuales nueve mil quinientos eran franceses y diez mil quinientos extranjeros. La misma Rusia había sido invitada; mas no contestó á un llamamiento que las circunstancias hacían extraño. El príncipe dijo con este motivo: «Ni siquiera se ha excluído á la potencia contra la cual combatimos. Si los industriales rusos se hubieran presentado, sometiéndose á las reglas establecidas para todas las naciones, los habríamos admitido, á fin de fijar bien la demarcación entre los pueblos esclavos, que

no son nuestros enemigos, y ese gobierno cuya preponderancia deben combatir las naciones civilizadas.»

El emperador contestó con pocas palabras al largo discurso del príncipe Napoleón. «Querido primo, dijo: al poneros al frente de una comisión encargada de vencer tantas dificultades, me he propuesto daros una prueba particular de mi confianza. Me felicito de ver que la habéis merecido. Os ruego que en mi nombre deis gracias á la comisión por la inteligente solicitud é infatigable celo de que ha dado pruebas. Me complazco en abrir este templo de la paz, que invita á todos los pueblos á la concordia.»

He aquí cómo hasta en medio de una de las guerras más encarnizadas y sangrientas de que la historia conserva recuerdo, se inauguraba el edificio llamado templo de la paz por el jefe de una de las potencias beligerantes, siendo magnífica la ceremonia de la apertura. El *Moniteur*, después de hacer un pomposo relato, añadía: «Las consecuencias de este acontecimiento serán importantes para el porvenir. De esos grandes emporios de la ciencia, de la industria y de las artes de todas las naciones deben obtenerse desde luego resultados definitivos, progresos inesperados; de esas visitas de pueblo á pueblo debe nacer una comunidad de ideas y de intereses que nada podría hacer olvidar de aquí en adelante..... El día 15 de mayo formará época en los anales de la industria; es la fiesta más grande que nuestro país celebró jamás en honor del trabajo.» Se recordaba que siete años antes, día por día, la Asamblea nacional era invadida por los amotinados. ¡Cuántas cosas habían pasado desde aquella época!

El éxito de la Exposición fué inmenso. El palacio de la Industria, edificado para que la sirviese de local en la explanada de Marigny entre los Campos Elíseos y el Sena, frente á la cúpula de los Inválidos, parecía entonces magnífico. La sala principal, con sus proporciones inmensas y sus gigantescos ventanales de Marechal, tenía algo de babilónico. La Exposición era como una torre de Babel, pero con el orden en vez de la confusión. Todas las naciones de la tierra parecían haberse dado cita allí, y oíase hablar todas las lenguas. París comenzaba á tomar ese carácter cosmopolita que desde entonces se ha desarrollado tanto, haciendo de él una ciudad única en su género, la capital de las capitales. La Exposición era más que un inmenso bazar destinado á encantar los ojos; era como la síntesis de la transformación económica é industrial que se efectuaba en el mundo; y había allí, no tan sólo una incomparable distracción para la multitud, sino un elemento de saludables reflexiones para el pensador y para el hombre de trabajo. Jamás la actividad humana había desplegado mejor su energía y su fuerza. Al recorrer las innumerables galerías, seguíase el precepto de Boileau.

«Pasando de lo grave á lo dulce, de lo agradable á lo severo»

Las cosas más insignificantes figuraban junto á las más serias; las piedras preciosas, los trajes de baile, los juguetes de niños, junto á instrumentos arato-

rios y todas las máquinas que han modificado la industria completamente. Una galería llamada de la *Economía doméstica* atraía particularmente la atención de aquellos que se proponen mejorar la suerte de los más. Junto á las industrias de lujo, junto á las artes decorativas é industriales, veíase lo que podría llamarse artes humanitarias. Causaban admiración los progresos prodigiosos de la ciencia y los descubrimientos aún tímidos y desconocidos, destinados á tomar muy pronto tan rápido desarrollo. Así, por ejemplo, llamaban mucho la atención los principios de la fotografía, esa futura gran rival del dibujo y de la pintura; y veíanse las primeras aplicaciones de la electricidad, la electricidad que debe cambiar la faz del mundo.

Como antítesis de las maravillas de la paz, encontrábase allí una galería que evocaba todos los horrores y todos los sufrimientos de la guerra. Era aquella donde se habían colocado los coches de las ambulancias, los instrumentos de cirugía y los aparatos para los heridos. Ante semejante espectáculo más de un semblante se entristecía, pues el pensamiento volaba hacia las ambulancias de Crimea, hacia los moribundos y los muertos. Había madres que lloraban: *Bella matribus detestata*; pero la impresión siniestra no duraba más que un instante, pues las alegres orquestas resonaban. ¡Son tan indiferentes las multitudes, y París olvida tan pronto!

El número de expositores había excedido de tal modo de lo que se calculó, que había sido necesario construir fuera del palacio de la Industria una larga galería suplementaria que costeaba el paseo de la Reina. En la extremidad de esta galería, en la avenida Montaigne, hallábase la vasta construcción destinada á recibir las estatuas, cuadros y dibujos que los pueblos enviaban á aquel concurso general abierto por Francia. Nunca se había concedido tanta preferencia al arte, en ningún tiempo y bajo ningún reinado. «Es la primera vez, escribía Teófilo Gautier, que las bellas artes de todos los pueblos van á verse frente á frente en este pacífico campo de batalla de la Exposición universal. ¡Gran idea que solamente nuestro siglo podía realizar con sus prodigiosos medios de comunicación, ante los cuales no existen mares ni montañas, ni distancias ni obstáculos! *Ya no hay Pirineos* es una frase aplicable ahora á todas las fronteras, y sobre las ficticias líneas azules, verdes y rojas de las cartas geográficas, los países hablan familiarmente entre sí de un extremo á otro del mundo.» El ilustre crítico añadía, haciendo alusión á sí propio: «Esos numerosos viajes que han ocupado nuestras más bellas épocas, convirtiéndonos en una especie de judío errante del arte, se pueden sustituir hoy fácilmente por una carrera en coche á la avenida Montaigne, y se aprenderá más en cuatro horas que nosotros aprendimos en quince años. Para nosotros resultará una gran enseñanza de ese concurso en que Francia ha tenido la iniciativa.»

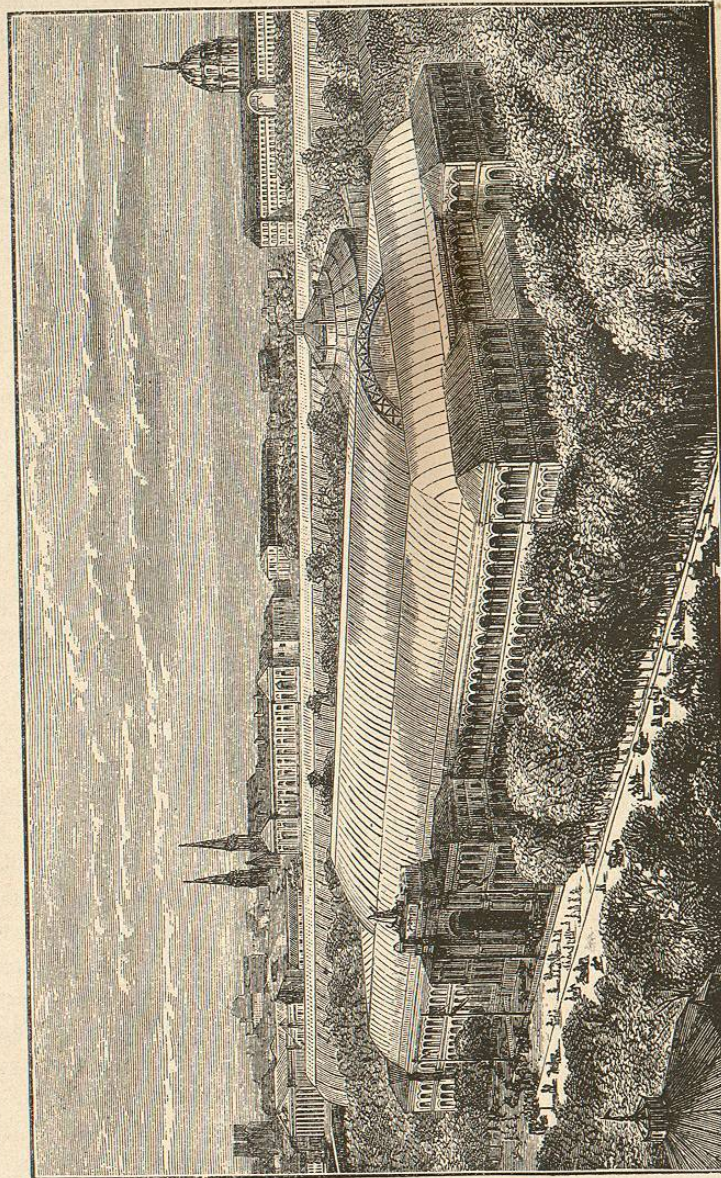
La exposición de pinturas fué para la escuela francesa un triunfo, manifestándose su gran superioridad de una manera brillante. Aún recuerdo cuánto deslumbró la reunión de tantas obras maestras, y me parece, sobre todo, ver de

nuevo las dos salas que se habían consagrado exclusivamente, una á Ingres, el Rafael de Francia, y la otra á Horacio Vernet, el pintor popular. En la primera serie, la apoteosis de Homero, el martirio de San Sinfiriano, el voto de Luis XIII, Edipo adivinando el origen de la esfinge, Rogerio librando á Angélica, la apoteosis de Napoleón, la Venus Anadiomena, Querubini coronado por la musa de la Música, Juana de Arco, la Virgen de la Hostia, y Enrique IV jugando con sus hijos delante del embajador de España. ¡Qué multitud en la sala destinada al pintor militar, al pintor francés por excelencia, á Horacio Vernet! ¡Cómo se miraba con patriótica emoción la «Defensa de la barrera de Clichy en 1814,» el «Ataque de la Puerta Constantina» y la «Batalla de Isly!» ¡Con qué placer las personas que habían conservado fielmente el recuerdo de los príncipes de Orleans se detenían delante del enorme cuadro «¡La toma de Smala!»

Eugenio Delacroix, tanto tiempo discutido, radiaba en su gloria: la «Barca del Dante,» «Hámlet en el cementerio,» la «Matanza de Scio» y el «Asesinato del obispo de Lieja» excitaban una admiración unánime.

¡Cuántos cuadros quisiera poder citar! He aquí algunos que recuerdo: la «Derrota de los Cimbros,» por Decamps; la «Pendencia,» por Meissonier; «Los bueyes yendo á la labor,» por Troyón; la «Orgía romana,» por Couture; el «Llamamiento de las últimas víctimas del Terror,» por Muller, y el «Siglo de Augusto,» por Gerome, un principiante que llegará á ser ilustre. ¡Cuántos lienzos de Hebert, Schnetz, Benouville, Cabnel, Heim, Glaize, Bouguereau, Ziem, Robert Fleury y Rosa Bonheur! ¡Qué magníficos paisajes de Rousseau, de Corot y de Daubigny! Recuerdo dos cuadros de Pils, joven pintor militar que había elegido asuntos llenos de actualidad, como por ejemplo. «Trinchera delante de Sebastopol» y «Una emboscada de zuavos.» En todos los ramos de la pintura, cuadros históricos, retratos, paisajes, y cuadros de guerra, la escuela francesa se distinguía particularmente.

En resumen, artes y ciencias, comercio é industria se ostentaban con magnificencia en el pacífico palacio donde se habían reunido sus manifestaciones más brillantes. De aquel gran espectáculo resultaba una enseñanza de progreso, de pacificación y de solidaridad internacional, que los pueblos y los soberanos no han tenido bastante en cuenta. El torbellino mundano, la serie continua de diversiones y de placeres hacían olvidar el lado filosófico de aquella Exposición universal, en la que solamente los pensadores veían una protesta elocuente contra la espantosa lucha que ensangrentaba la meseta del Quersoneso. Hubiera podido pensarse que toda guerra entre naciones cristianas es una guerra fratricida. Las maravillas del comercio y de la industria debieron hacer comprender lo que les sería dado á los pueblos si en vez de arruinarse con gastos estériles, como el de los armamentos, no hicieran más que gastos productivos y fecundos como los de la paz. En el Evangelio, el libro del verdadero progreso, el libro del porvenir, es donde se hubiera debido buscar la conclusión moral de la Exposición. Lo que hubiera debido recordar esa gran fiesta pacífica es la fra-



Vista del palacio de la Industria construido para la Exposición universal de París en 1855

se de Cristo: «Quien se sirva de la espada, por la espada morirá.» Por haber olvidado esta frase, la segunda mitad del siglo XIX verá de nuevo las hecatombes de sus primeros años y gemirá bajo el peso de catástrofes que entorpecerán la marcha de la civilización, comprometiendo el porvenir del género humano.

Napoleón III había abierto la Exposición universal el 15 de mayo de 1855, y al día siguiente, el 16, recibía un telegrama por el cual el general Canrobert presentaba su dimisión de general en jefe del ejército de Oriente. Veamos lo que había ocurrido en Crimea desde el principio del año y qué dificultades inextricables habían inducido al intrépido general á resignar el mando.

XXXVIII

EL GENERAL CANROBERT

Tan brillante y alegre había sido el invierno en París como doloroso y lúgubre en Crimea. A las lluvias torrenciales que habían caído en los últimos días de 1854, siguiéronse desde el principio de enero de 1855 la nieve, el hielo, las borrascas glaciales y los huracanes del Norte. Los hombres que habían pasado veinticuatro horas en el cieno helado y profundo de la trinchera no encontraban al volver á las tiendas ni un poco de fuego para calentar sus miembros ataridos, y de aquí las congelaciones que exigían operar, casi siempre con funesto resultado. La meseta del Quersoneso parecía un círculo del infierno del Dante.

El general Canrobert escribía: «El ejército conservará largo tiempo recuerdo del día 16 de enero. Durante veinticuatro horas no ha dejado de reinar la noche sobre nuestros vivacs; espesas nubes inundaban la atmósfera de un polvo de nieve, é impelidas por un viento helado del Nordeste, llegaban hasta el suelo. No se podría imaginar situación más violenta, y sin embargo, en ninguna parte ha habido desaliento ni desorden.»

El general tenía en supremo grado el talento de mantener la moral de las tropas en medio de los más lamentables padecimientos. A este hombre de guerra, esencialmente bueno y humano, de ningún modo se le hubiera podido aplicar la frase de Bossuet: «¡Lejos de nosotros los héroes sin humanidad! Podrán imponer respeto é infundir admiración, como los objetos extraordinarios; pero no atraerán los corazones.» Canrobert, no obstante, se los ganaba, porque amaba á sus soldados como un buen padre á sus hijos. Su palabra algo enfática, pero siempre vibrante, elocuente y generosa, producía gran impresión en las tropas; modelo de abnegación, de desinterés y de bravura, pródigo de su sangre y avaro de la de los otros, estimulaba, consolaba y fortalecía á sus soldados con su ejemplo. Yo le he conocido mucho. Cierta día me dijo, refiriéndome sus primeras campañas: «Amaba la guerra como se ama á una querida.» Pero aunque la amase con pasión, deploraba más que nadie sus miserias. En el alma de aquel Bayardo moderno había un fondo incomparable de bondad y de compasión.

M. Carlos Bocher, ayudante de campo del general en jefe, escribía el 21 de abril de 1855: «Breves combates cada noche ponían de relieve el valor de nuestros soldados. Los rusos construyen sin cesar obras defensivas cerca de nuestros